



## NOSTREDAD COLABORATIVA

LUIS JAVIER GONZÁLEZ TORO

Escritor y docente de literatura

Ángela Emilia Mena Lozano y Ever Kuiru Naforo et al. *Diálogo de saberes. Hacia una política de investigación para la implementación de la diversidad epistémica en la Universidad de Antioquia*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2020

Esta obra colectiva, con treinta y tres autoras, es fruto del trabajo colaborativo de varios años entre grupos de investigación, colectivos de base y la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Antioquia. Partió de un seminario abierto, en el que participaron trescientas noventa y nueve investigadoras, lideresas sociales, académicas de varias culturas indígenas, afrodescendientes, campesinas, comunidades ciegas, sordo señantes y LGBTQ+. La diversidad de actores ya evidencia el reto: se trata de enriquecer y ampliar las prácticas científicas para que haya un encuentro entre las diferentes formas de producir y compartir el conocimiento.

Este libro multimedial —acompañado de videos, álbumes fotográficos, resúmenes en audio en lenguas kriol, minika, èbèra chamí, lengua de señas colombiana y un podcast— invita a repensar la forma de hacer y comunicar las ciencias. Hace un panorama de los atropellos cometidos por el cientificismo en contra de las propuestas de investigación más antiguas, al mismo tiempo que propone posibilidades para retornar a los saberes populares y campesinos. Preservar la vida y las voces que nos hablan en plural es un imperativo en medio del colapso de las sociedades consumistas. Este es un compilado de ideas y metodologías originales que responden a una dinámica de nostredad, esto es: la fundación del conocimiento en comunidades colaborativas. “La apuesta no es sencilla y desacomoda nuestros hábitos académicos y vivenciales” (p. 12). No es pretencioso pensar que, en un proyecto de tal magnitud, el objetivo es

volver a las raíces a través del pensamiento itofético (por esquejes y a partir de las raíces), reconociendo que la actualidad nos demanda modernizarnos de acuerdo con la protección de la vida, recapitulando costumbres generosas, dispuestas al cuidado mutuo.

La nostredad está en el reconocimiento de las diferencias que nos acercan cada vez más: mujeres, hombres, homosexuales, indígenas, comunidad sorda, comunidad ciega, etc. Y se complementa con el asumir el cuerpo como territorio, en el que se siembra palabra de abundancia y vivir sabroso. La Tierra como la vemos y la conocemos es el cuerpo de un organismo viviente. La invitación de esta nueva ciencia biocéntrica es a hablar con ella y a consensuar métodos de aprendizaje y cuidado mutuo entre las especies.

Las impulsoras de esta corriente quieren tejer y fortalecer una “cultura democrática de la investigación” (p. 22). Su metodología se articula en unidades de trabajo mancomunado: las tongas, inspiradas en la sabiduría afrochocoana. Tiene como fin, producir y compartir un “saber, un conocimiento indispensable para la vida de los seres que comparten un mismo territorio” (p. 25). El trabajo por tongas, por ejemplo, hizo posible el encuentro de culturas y actores diversos, “mediante procesos de interculturalidad y metodologías ancestrales” (p. 26), para recuperar la nostredad comunicativa, es decir, la palabra colectiva, consensuada y en disensos. Para fundar pensamiento comunitario es primordial desterrar el patriarcalismo, colonialismo, capitalismo, sexismo; entre otras arbitrariedades que imposibilitan la visión intercultural y el encuentro. Acontecemos a la vuelta de una “humanidad en el ser humano” (p. 33) y en todos los seres de la naturaleza. La comida, por ejemplo, es sinónimo de humanidad porque “transversaliza y define la existencia de la humanidad” (p. 40). La manera como se prepara una comida, el uso de la temperatura y los aliños adecuados comunica el conocimiento que tienen los que la preparan y degustan. Del mismo modo entre los animales y las plantas. Ellos también expresan sabiduría en sus procesos de producción y aprovisionamiento de comida, de energía. El jibibiri uai o palabra de mambadero es otra herramienta ancestral de la que se valen las investigadoras para proponer una epistemología dialógica. Se compone de yidaí (silencio), kakai (escucha), kiode (observación), niya (tejido) y naimérede úai (palabra dulce), principios conversacionales en los que se funda la Licenciatura en Pedagogía de la Madre Tierra de la Universidad de Antioquia. Dichos principios fomentan los tránsitos entre la oralidad y la escritura y promueven espacios para complementar la historia contada por los libros. La nostredad afro en la UdeA se expresa en las prácticas científicas de los colectivos CADEAFRO,

AFROUDEA, DIH RUUTS PROJECT, quienes han consolidado espacios de formación académica como Ubuntu, la Catedra de Estudios Manuel Zapata Olivella, el Seminario en Estudios Afrodiaspóricos. Esa nostredad también habita en la Licenciatura en Pedagogía de la Madre Tierra, en la Semana Internacional de las Lenguas Nativas; anclados en una dialogicidad que habla con las iniciativas de saber raizal y con los proyectos de reivindicación feministas liderados por profesores y profesoras de la Universidad (FCSH). Sin olvidar la lucha de la población en condición de discapacidad que desde 1983 creó la Licenciatura en Educación Especial.

Todos estos campos del saber constituyen ya un patrimonio cultural y científico invaluable para el desarrollo de la investigación en el país. Son alternativas para acabar con el matoneo cognitivo. Son una invitación a reconocer esa “dignidad que, frágil y presente, no deja de desafiarnos” (p. 91). Son la decencia que habita en cada especie portadora o donante de sabiduría. En cada colectivo y en cada especie hay una “necesidad de la nostredad” (p. 94). Dicho de otra manera, los otros son posibilidad y no impedimento para la vida.

El proyecto científico propuesto aquí se soporta en las epistemologías del Sur y se convalida en los conocimientos de sabios y sabias de Europa y África de antes y después de la revolución científica. Se propone como contraparte a los vicios del extractivismo: “el conocimiento proviene de la relación de las especies con el territorio” (p. 110). Esto significa que cada epistemología tiene su ontología particular y todo ser sintiente obedece, en su naturaleza, a unas costumbres adquiridas en el seno de su vida cotidiana, del contacto con animales, plantas, climas y personas de toda índole. La aspiración de las investigadoras es el “reconocimiento de sí para la construcción con nuevas sociabilidades, del nosotros que abraza en medio de las incertidumbres” (p. 134). Es una invitación a vivir en sabrosura y en convivencia con la madre tierra. Biodiversidad y diversidad cultural son los pilares de esta nueva óptica del conocimiento.

“El planeta en su conjunto se volvió un objeto, una mercancía, al servicio de una élite” (p. 137). Por tal razón se requiere un “control bioético” (p. 139) para que el animal racional comprenda la importancia del cuidado que le debe dar a la vida. Ese cuidado debe restringir la explotación de plantas, árboles y animales. Así es posible generar un diálogo con la comida, para armonizar el territorio y dignificar la vida. La ciencia actual debe volver a pensar si es justa la separación entre el humano racional y la materia orgánica en el espacio. En esa división arbitraria está la clave del conocimiento futuro: la ciencia debe recordarnos que no somos los dueños del planeta y que en términos temporales nuestra existencia

es reciente. Millones de seres existieron millones de años antes que nosotros en el planeta. Solo hace unos segundos la especie humana inventó la propiedad privada y convirtió a los animales, los árboles, las plantas y los ríos en objetos de uso y desuso. El diálogo de saberes se propone, más bien, aprender de la paciencia del árbol, de la sagacidad del jaguar, de la exactitud que porta el reptil en proceso de aclimatación, de la adaptabilidad del cactus para guardar agua a largo plazo.

Las tareas futuras para la ciencia en diálogo de saberes son más complejas que la discusión teórica. Implementar “el diálogo de saberes en la administración, el desarrollo y la comunicación de los proyectos de investigación” (p. 160) no será de fácil consecución. Pasarán varios lustros hasta que se entienda que la ciencia requiere de la diversidad de formatos y plataformas. Hasta que la universidad acepte que el conocimiento se puede presentar por fuera de los formatos escritos y estandarizados de los proyectos de investigación. Aún estamos muy lejos de aceptar que la danza, el canto y el tejido sintetizan y comunican procesos cognitivos complejos. Está claro que la diversidad epistémica en la Universidad de Antioquia no es una novedad, porque es algo que se ha venido tejiendo hace años. La ventaja sería el poder generar una interacción real entre maestros investigadores, administrativos, estudiantes, colectivos, comunidad en general y especies. Esta confluencia de saberes llevaría por fin a la justicia epistémica. Lo que implicaría, por ejemplo, neutralizar la superioridad de la lengua escrita sobre la oralidad, del español y el inglés sobre otras lenguas del territorio. La escritura en el siglo XVIII era símbolo de superioridad política, económica y social de españoles y criollos sobre indígenas. Continuar el vasallaje a la escritura sería un yerro, dado que las culturas orales han demostrado lo complejo de sus desarrollos sentipensantes. La “Nostredad comunicativa” (p. 182) exige la valoración equitativa de propuestas “orales, visuales, audiovisuales, sordoseñantes y escritas” (p. 182) en el espacio académico, en los procesos de enseñanza y comunicación de la ciencia. ■